

Domingo 2º. Tiempo Ordinario Año B

Lectio divina sobre Jn 1,35-42

Juan recuerda los modestos inicios del ministerio de Jesús: aún desconocido, es individuado entre los viandantes por el Bautista; seguido por unos curiosos que no quieren de él más que saber dónde mora, convivirán con él durante un día. Será suficiente para que uno de ellos sepa haber encontrado al Mesías. El relato no es biografía precisa sino teología narrada: Jesús necesita de testigos para salir de su anonimato, hoy como ayer. El interés por Jesús puede ser pequeño; si es lo suficiente como para desear compartir casa y vida... una jornada, se llegará a conocerle a fondo; y habida esta experiencia, no puede morir en uno lo que ya se sabe: quien se ha encontrado con él sale al encuentro del hermano para presentárselo a su recién descubierto Señor. Quien se atreve a hacer el viaje hacia Cristo, llevado por su hermano o movido por su curiosidad, se sentirá, como Pedro comprendido y valorado: su vida recibirá nuevo destino. Encontrar a Cristo es encontrar una razón nueva para vivir. ¡Admirable presentación de cómo nos podríamos iniciar en el seguimiento de Jesús!

En aquel tiempo, ³⁵estaba Juan con dos de sus discípulos ³⁶y, fijándose en Jesús que pasaba, dice:
«Éste es el Cordero de Dios.»

³⁷Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. ³⁸Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta:

«¿Qué buscáis?»

Ellos le contestaron:

«Rabí (que significa Maestro), ¿donde vives?»

³⁹Él les dijo:

«Venid y lo veréis.»

Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; serían las cuatro de la tarde.

⁴⁰Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; ⁴¹encuentra primero a su hermano Simón y le dice:

«Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo).»

⁴²Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo:

«Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce Pedro).»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

En la tercera jornada, apenas identificado como *cordero*, y precisamente por ello, Jesús fue seguido por dos discípulos del Bautista (Jn 1,37). El discipulado, pues, según el cuarto evangelio, nace del testimonio del Bautista, es su primera consecuencia. Esta presentación, única en la tradición evangélica, puede muy bien reflejar los orígenes históricos de la comunidad joánica, algunos de cuyos primeros miembros habrían sido discípulos de Juan, antes de llegar a ser seguidores de Jesús.

Al narrar el encuentro de Jesús con los primeros discípulos, el cuarto evangelio subraya la capacidad de atraer, seducir incluso, a quien encuentra en el camino y la rapidez con que se convierte en compañero suyo quien lo encuentra.. Como en los sinópticos (Mc 1,2-8; Mt 3,1-12; Lc 3,15-17), aquí se abre la historia del ministerio de Jesús situándole junto al Bautista (Jn 1,19-28); y aunque omita el bautismo de Jesús (Mc 1,9-11) y las tentaciones (Mc 1,12-13), recuerda que el nacimiento del discipulado fue la primera actuación histórica de Jesús de Nazaret.

En Juan Jesús no llama con un potente "sígueme" (Mc 1,17.19), atrae a sí las personas sin decir una palabra, respondiendo más bien a sus deseos (Jn 1,38). En Juan Jesús no llama tras haber anunciado el reino de Dios próximo y la urgente conversión (Mc 1,14-15), viene, más bien, seguido después de haber sido identificado como el "cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Jn 1,29). En Juan Jesús no escoge dos pares de hermanos que ha contemplado mientras trabajaban; es él quien es buscado por discípulos del Bautista que, después, se dedicarán a llevar hasta Jesús amigos o hermanos para que lo conozcan. En Juan Jesús no lleva sus primeros discípulos a Cafarnaún para hacerlos contemplar, un sábado, cómo enseña con autoridad en una sinagoga (Mc 1,21), sino que los hace participar, en Caná, a una boda a la que había sido invitado (Jn 2,2).

Comienza así una historia de fe, inicio de esa aventura insustituible que es el descubrimiento gradual del misterio personal de Jesús, una historia que según el esquema narrativo joánico, se desarrolla – también ahora – en dos jornadas (Jn 1,35-42.43-51) y pasa por diversas etapas: testimonio cualificado sobre Jesús (Jn 1,36.41.45), encuentro con él (Jn 1,39.42.43.46.49) y confesión de fe (Jn 1,41.45.49). La tercera 'etapa' del camino del discipulado corresponde al *primer encuentro con Jesús de dos discípulos* del Bautista que, en este momento, aún no 'tienen nombre' (Jn 1,35.37.40) y, parece, tampoco tenían 'buenos motivos' para seguirlo. Si bien habían escuchado ya la proclamación de Jesús como "el cordero que quita el pecado del mundo" (Jn 1,29), cuando Jesús les pregunta por sus intenciones, solo saben responder preguntando por su domicilio. ¡Qué pocos, y modestos, motivos para ponerse en búsqueda de Jesús! ¡Y éstos fueron los primeros discípulos!

II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

El recuerdo de los dos primeros hombres que se decidieron a seguir a un Jesús del que ni siquiera conocían a dónde se dirigía, nos propone el tema de *la vocación cristiana*. Hablar de vocación hoy puede resultarnos poco atractivo; sin embargo, - no lo deberíamos olvidar - nuestra vida cristiana ha surgido, precisamente, de una llamada que Jesús nos ha dirigido. Es cuanto nos enseña el relato de las dos primeras vocaciones: quien sigue a Jesús no lo hace porque quiere, sino por haber sido invitado a ello. No fueron quienes estaban cerca de Jesús los que con él se quedaron; no fueron sus amigos y familiares los que le siguieron: en aquellos hacia los que Jesús se acercó, fue en quienes surgió la curiosidad de conocerle más de cerca; en la historia de aquellos dos primeros discípulos, Dios nos ha querido desvelar cómo suele actuar cuando llama a su servicio. Repasemos hoy juntos, con el corazón atento, aquella escena para mejor imaginarnos las circunstancias y los modos como Jesús nos sigue llamando hoy.

Partimos de un hecho que a veces pasa desapercibido, pero que el relato de Juan ha puesto de manifiesto: recién bautizado, al día siguiente, Jesús pasa desconocido aún entre la gente. Que se mueva entre quien todavía no lo conoce, hace posible ser individuado por quien le estaba esperando. El Bautista fue el único que supo quién era en realidad: cuando se espera de verdad a Jesús, se le sabe encontrar donde los demás no logran descubrir su presencia; identificar a Jesús, ayer como hoy, es tarea de hombres que viven echándolo en falta. Y puesto que saben quién es, pueden proclamarlo. Curiosamente, Juan pierde a dos de los suyos sólo por haberles anunciado que el hombre que pasaba a su vera era el Cordero de Dios. Se empieza a quedar un poco más solo él, para que Jesús comience a vivir acompañado. Pasando de largo, Jesús hace posible que dos de los discípulos del Bautista se interesen por él y se queden un tiempo junto a él. El primer encuentro de Jesús con esos dos hombres fue, ciertamente, banal; todo ocurrió dentro de la más estricta normalidad.

Pero hay algo decisivo: es Jesús quien toma la iniciativa, quien, pasando de largo, va a su encuentro. Para quien lo espera, su acercamiento provoca el seguimiento. Los hombres del Bautista que siguieron a Jesús estaban esperando algo mejor de la vida, vivían ya comprometidos con hacerse algo mejores. Por eso moraban junto al predicador de conversión. Estaban ya dispuestos; sólo les faltaba conocer a Cristo. Y para animarse a irle en pos no les hizo falta saber mucho sobre él: ni siquiera sabían dónde moraba, dónde iban a parar ellos que le empezaron a seguir. Ponerse en camino tras Jesús no exige demasiado. Tendría que hacernos enrojecer el recordar que aquellos dos hombres se pusieron a seguirlo para conocer dónde vivía; un poco de curiosidad, y algo de osadía, fue suficiente para atreverse a seguir a quien aún les era un perfecto desconocido.

Si tan poco supieron sobre Jesús, sus dos primeros discípulos, no nos tendríamos que hacer demasiadas preguntas sobre él quienes deseamos hoy seguirle: cuantas menos cosas sepamos de él, tantas más preguntas tendremos que hacerle, cuando estemos junto a él; no conocerle mucho nos hará fácil preguntarle algo. Pero es que, con toda seguridad, sabemos hoy los discípulos de Jesús muchas más cosas que aquellos primeros discípulos, tantas, por desgracia, como para no sentirnos interesados en saber más ni, por consiguiente, en acompañarle por más tiempo. Un poco más de curiosidad nos haría mejores discípulos. Tan buenos, al menos, como los dos primeros.

Porque ellos, que desearon saber dónde moraba, lograron hacerse invitar por Jesús a quedarse con él. Es este el segundo paso que ha de dar quien desea convertirse en discípulo: ha de pasar de la simple curiosidad a la convivencia. Quedarse con Jesús, conocerle de cerca, no ya de oídas, oírle hablar y verle actuar, comer junto a él y junto a él reposar, caminar a su lado y contemplarle actuando, convierte a quien acompaña a Jesús en su auténtico seguidor. Jesús encontró sus dos primeros discípulos en unos hombres que se quedaron con él un sólo día.

¡De qué no nos estaremos privando, por no estar dispuestos a pasar ni una jornada junto a Jesús! Por temor a que nos llame, no nos hacemos con él contradictorios, evitamos su persona y su mensaje; tememos tanto su invitación que no le concedemos la oportunidad de que cuente con nosotros. Quien de nosotros se atreviera a seguirle un solo día y se empeñase en conocerle personalmente, seguro que quedaría fascinado y se sentiría arrastrado a seguirle toda su vida. Así sucedió con aquellos dos primeros discípulos. Y su suerte podría ser nuestra: bastaría con que nos arriesgáramos a pasar un tiempo con Jesús.

Tan contentos quedaron de la convivencia que uno de ellos se convirtió en testimonio. Le faltó tiempo a Andrés para buscar a su hermano y convencerle de su dicha: había encontrado a Cristo y no se lo pudo ocultar a quien más quería. El primer discípulo fue el apóstol del príncipe de los apóstoles: Andrés presentó a Jesús su hermano y éste le convirtió en piedra de su comunidad. ¡Cómo no avergonzarse, nosotros que seguimos tanto tiempo ya a Cristo, de nuestra falta de entusiasmo y del débil testimonio cristiano que damos a los nuestros! ¿Cuándo entenderemos que al primero que hemos de ganar para Cristo es a quien más nos toca, al que tenemos más cercano, a quienes más queremos y más nos importan?

Cuando, como Andrés un día, llevemos a Jesús a nuestros hermanos, aquel día nuestro gozo será mayor: estar con Jesús significará, entonces, estar con los que más amamos. Por desgracia, los discípulos de Cristo hoy no se atreven a hablar de su experiencia con Jesús ni siquiera a las personas que más quieren; privándoles de nuestro entusiasmo, ocultándoles nuestra fe, no conseguiremos que Jesús llame a los nuestros a su seguimiento. Corremos el riesgo de perder a nuestras familias, sólo porque no hemos perdido la vergüenza de testimoniarles nuestra fe y hablarles de nuestra vida cristiana. Y si ni siquiera nos atrevemos a contárselo a los nuestros, ¿a quién iremos que nos comprenda mejor?

Si todavía mantenemos alguna ilusión en convertirnos en discípulos de Jesús, deberíamos recorrer el camino que hicieron aquellos dos primeros discípulos: no dejemos que Jesús pase desapercibido a nuestro lado, aprovechemos todo lo que sobre él se nos diga, dejémonos guiar por quien ya le conoce mejor que nosotros. Pero vayamos hacia él con la intención de conocerle personalmente, sin que lo que hemos oído de otros nos ahorre la aventura personal de tener que convivir con él y la fatiga de acompañarle por el camino. Y cuando sepamos bien quién es en realidad, volvamos a los nuestros, para darles a ellos nuestra primera impresión y nuestro mejor testimonio. Sólo así seremos los discípulos de Jesús que él está necesitando. Lo que sucedió en un principio, cuando Jesús se lanzó a predicar el reino de Dios, puede volver a suceder de nuevo hoy: ésta es nuestra oportunidad.